



***dibújame con la yema una sonrisa desde
el cristal de cualquier ventana***

esther tapia
esther@coachingsexual.com

*con anonimato, alevosía y toda la nocturnidad
posible e imposible
(in memoriam)*

si

lo estoy diciendo aunque esté muy lejos de ser por fin, mirándote a los ojos, en los que me veo a pesar y a traición del sermón del cura: para lo bueno y para lo malo, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe. sí: nos estamos casando por más que parezca mentira. ¿por qué has accedido sin hacerme ni la más remota pregunta? lo que empezó como un juego nos está llevando hasta el altar, ya ves. nunca lo hubiera imaginado. pensé que cuando te lo dijera, la fecha que había escogido -- el trece de septiembre-- ibas a poner impedimentos. lo de menos era el casorio, la fauna de invitados, la cretina alegría de nuestros conocidos por haber consagrado lo que estaba en boca de todos. aborrecía cometer la hipocresía de santificarnos vestida de blanco, aunque fue despertándome el morbo después --he de reconocerlo-- cuando nos pensaba cortando el estúpido pastel o preparando la ignominiosa lista de regalos de boda, opción algo más digna a pesar de todo que pedir nos ingresaran el dinero directamente. se me agolpaban las imágenes sin orden ni concierto, como burbujas: ¿qué pondríamos en las tarjetas de nuestros invitados? ¿a quienes se las enviaríamos? hasta se te ocurrió grabar con una cámara oculta la reacción de nuestros allegados más cercanos cuando les dimos la noticia. se quedaron perplejos casi todos. los más atrevidos lo atribuyeron a nuestra locura insaciable, lo que nos permitió hacer apuestas al respecto. sólo el jilipollas de tu hermano creyó que le estábamos tomando el pelo, ¿cómo siendo gemelos os podéis parecer tan poco?

imaginaba lo que imaginaste cuando te pedí que nos casáramos. la boda tenía mucho que ver –por no decir todo, como debería-- con lo que sucedía y sigue sucediendo cada trece de septiembre. antes de conocerme ya acudías no se sabe a dónde y no volvías hasta entrado el día. nadie te sacaba palabra, ni tan siquiera yo. ninguna señal que delatara una posible aventura, aunque tu sonrisa placentera y saciada se consumía en un sueño impune que me ignoraba por completo, hasta que despertabas entre mis brazos dejándolo hundido en el silencio. querías hacérmelo creer y te bastaba con que aparentara aceptarlo. era el único secreto que asegurabas preservar de mí y me advertiste, una vez más, recordándome lo que le pasó a pandora con la caja en cuestión. lo respeté al principio, pero el año pasado no lo aguanté más y te seguí hasta el *ritz*. se que pasaste toda la noche allí porque hice guardia. al salir fuiste derecho a casa y mis problemas tuve para adelantarte y que no sospecharas nada al llegar, haciendo ver que dormía....

si te pedí que nos casáramos el trece de septiembre estaba más que claro por lo que era en un principio, por más que ignoraba todavía si podía o no afectar a tu cita anual en el *ritz* y de qué forma. nunca faltabas. tu madre me comentó, en una ocasión, que habías salido de casa incluso con fiebre --hacía más de diez años-- pero calló en cuanto la miraste fijamente, así que no insistí. quizá esperaba con la boda que, por una vez, tus labios nombraran un no, lo asestaran contra una de mis ocurrencias de las que siempre acabas --en el fondo-- por sacar provecho. lo que nunca se me hubiera ocurrido imaginar es que, sin comentar más al respecto, empezáramos a preparar una boda tan absurda como increíblemente real. borbotones, chorros de luz sin divisar ni tan siquiera remotamente la resaca. cuanto más se retrasara, más altas serían las cuentas

que nos pasarían después aunque todo era tan leve, tan ligero, que flotábamos y nos veíamos a través de las burbujas que se nos llevaban cada vez más arriba sin quererlo, ni poderlo evitar

toda mi obsesión se centraba en descubrir lo que hacías la noche de cada trece de septiembre y pensaba que la boda te tocaría de lleno aunque, en contra de lo previsto, no parecías enfadado, más bien al contrario: cada vez estabas más encantado de verme actuar en el papel que había escogido, totalmente bobo. lo que en principio me había propuesto --abrir la caja de pandora-- acabó convirtiéndose en una parte del juego porque, sin darme cuenta, fue adoptando formas insospechadas, que en vez de hacerme flaquear, encendían aún más el deseo de seguir adelante. los dos nos sometíamos a pruebas cada vez más fuertes, disparándonos sin descanso ni final, destilándonos sexo dentro con todo el sentido y ninguna razón en noches que se mezclaban sin casi atreverse a tocarnos mientras seguíamos inventando los papeles del día siguiente, intentando sorprendernos el uno al otro todavía más, cosa que nos complicaba y nos multiplicaba hasta perdersos e irnos desconociéndonos, contagiándonos a traición, comprobando una y otra vez si la teoría coincidía, coincide o no con la praxis --¿somos fruto de las neuronas o de la carne al fin y al cabo?-- todo en una misma digestión y ver lo que sucede después, si es que sucede algo y si hay un después verdaderamente, aunque ahora poco importa ya: ninguno de los dos volveremos atrás. ¿por qué parecías estar esperándolo cuando te lo pedí? era lo que más me desconcertaba, aunque pronto empecé a tomarte cierta ventaja, lo que tan siquiera hoy he dejado de notar que me agradeces desde lo más profundo de ti....

intentaba dormirme en vano esta madrugada cuando que te has dado la vuelta y, estrechándome, me has leído el pensamiento en voz alta: mío era el juego, aunque todo juego es de quien lo juega y corre el riesgo, siempre que respete sus normas. sabes –me queda claro en el acto– que te había seguido hasta el *el ritz*. te alegrabas, aún así –y me estrechas por la espalda mientras me vas diciendo aún más ahora, tus manos en mi vientre que late y desde el que te escucho– que no llegara a entrar. la boda me había acercado al trece de septiembre desde otra perspectiva, además, preferías adelantarte a que me convirtiera en pandora de la historia una vez más....

cortando el pastel me susurras que pida un deseo y leyéndomelo en los ojos, me cuentas que no voy a creerte: esta misma noche te acompañaré,. formaré --por fin-- parte del último de tus secretos porque me estás invitando a acudir a tu cita anual en ésta precisamente, nuestra noche de bodas y, de nuevo, me adviertes: no se trata de un montaje. lo que veré es lo que sucede cada año, sólo que siempre es diferente y los resultados acaban siendo no sólo gratificantes sino curiosamente interesantes, ya lo comprobaré por mí misma, ¿no es lo que deseo con tanto ahínco o temo descubrir lo que hay detrás? colmaré mi curiosidad aunque no te sacaré ni una palabra más por el momento. vamos a seguir cortando pedazos de nuestra estúpida tarta como si tal cosa. no tengo que ser tan impaciente, total lo voy a ver con mis propios ojos poco antes de las doce. nos escaparemos en pleno estupor de la fiesta y por fin tendré lo que deseo, aunque pagaré un precio, el precio que me haga formar parte de tu secreto –nuestro a partir de entonces— que me sellará los labios. ¿estoy dispuesta a correr el riesgo? no dirás nada más hasta que crucemos el umbral del hotel que tanto

ambiciono y me pides que bailemos mientras nos felicitan unos y otros, nos ciegan las fotos, van guardándonos para la posteridad, volando con mi larga cola entre la masa de invitados con un mismo rostro, perdiendo pie en el torbellino de tu abrazo que se me traga

y nada te he preguntado aunque confieso ante el espejo --a través de él-- mientras me retoco el maquillaje camino del *ritz*, que estoy aterrorizada, por más que insistas en encontrarme radiante como una novia que se acaba de casar, obviedad de la que empiezo a estar cansada pero he de callar si quiero ser coherente, además estoy demasiado nerviosa para liarme con eso, porque estamos llegando ya. nos abren la puerta de la *limusine* y te saludan sin reparar apenas en mí, a pesar del aparatoso vestido blanco que me acompaña. pronto lo solucionas: bastan dos palabras para que todos se me vuelquen en cuidados infinitos y de lo más finos hasta la puerta de la *suite* donde las miradas se nos tropiezan de perfil y lo único que logran es hacerme desconfiar. el terror de parecer aterrorizada me aterroriza todavía más. cierro los ojos para controlar la respiración hasta que abran la puerta puesto que acabas de llamar, no has utilizado la llave que metes ahora mismo, de nuevo, en el bolsillo de tu pantalón

lo que menos me esperaba era ver once hombres sentados en torno a una mesa, por más que sienta familiaridad hacia estas caras que no conozco de nada y que me esperan: se nota a la legua. te sientas en la única silla libre para completarla y me doy cuenta entonces que, a pesar de los saludos, apenas estoy cuatro pasos más allá de la puerta, exactamente donde me has dejado al cogermelo en brazos para cruzarla a última hora. ¿me iba a llevar la gran decepción esta vez? aquellos

rostros me decían lo contrario a pesar de no haberme movido prácticamente aún y desconocer completamente cual era mi lugar en aquella *suite*. está claro que nadie parece ofrecerme un asiento. esperan mi reacción. ni siquiera intentas socorrerme en el aprieto que estoy pasando, quieres verme actuar también. o sigo de pie o me siento en el suelo. mejor me cojo la cola y me subo hasta la mesa --en medio-- ¿no es cierto que me estáis esperando?, ¿no estoy siendo centro de miradas? lo hago con propiedad, entonces....

ramón me mira desnudándome antes de hablar, aunque no logra violentarme. a parte de su nombre, nada se de él. insinúa que hubiera preferido que no formara parte del secreto porque ninguna mujer lo había hecho antes, pero el juego tiene sus reglas. los habías convencido a todos, fernando --incluso a él-- por más que quizá mi reacción fuera distinta a la esperada cuando conociera lo que iba a suceder a lo largo de la noche. la cosa se resume en un montón de libros que acaba de acercarme hasta el centro de la mesa. eróticos todos: relatos, novelas, misceláneas, fábulas. están publicados en diferentes editoriales y los firman hombres y mujeres indistintamente. ningún nombre de pila masculino coincide con los aquí presentes. me resulta imposible leer dieciséis libros de golpe. ahora eres tú quien hablas, quien me explica que vosotros sois los autores de los libros, que os reunís una vez al año en esta misma *suite* e ideáis una trama erótica. cada uno escribe la parte que escoge y durante la madrugada del trece al catorce de septiembre las leéis en conjunto y deliberáis lo más oportuno. oscar se encarga de enviarlo al concurso escogido, bajo seudónimo siempre. nunca hacéis acto de presencia en la entrega de premios, pero habéis logrado --año tras año-- que aquella noche viva por sí misma, que pase a formar parte de toda persona que acabe por leerla. nada identifica a los libros entre sí, obsérvalo por ti misma

–insiste ramón– y si los leyeras todavía estarías más de acuerdo conmigo. te sorprenderías de lo que hemos conseguido –añade clavándome una mirada del todo escéptica mientras fernando le toma la palabra--: fue el año pasado cuando les propuse que imaginaran cómo te conocí, el lugar en el que nos amamos, allí donde te vi por vez primera y que nunca olvidaré. tenía que ofrecerles algo a cambio y en cuanto me comentaste que nos casáramos, vi que me lo estabas poniendo en bandeja: si alguno de los once lograba dar con nuestra primera vez, el premio sería la novia en su lecho nupcial, una buen final para el libro, pero si ninguno de los presentes lo conseguía, les leerías lo que nos sucedió y el lecho sería nuestro, como la historia

increíble, impensable y además, para más *inri* no los conozco. ellos, en cambio, saben mucho de mi: han tenido un año para investigarme a gusto y bajo tu bendición, ¿no es cierto? mira cómo calláis, estáis muy seguros. demasiado. sobran comentarios

tengo sed, servidme una copa antes que el primero de los presentes inicie su lectura. os va a costar acercaros al tálamo aunque ignoro lo que hasta ahora habéis escrito. nada en nuestras vidas, a lo largo de este último año, puede delatar nuestra primera vez. los has puesto en un buen aprieto, fernando, aunque no sé si eres consciente de lo que nos estamos jugando. ya no tiene solución, ¿qué más da? estoy impaciente por saber cómo salváis la apuesta. nunca hubiera imaginado una noche de bodas más apropiada.... ¿quien se estrena?, ¿tú, ramón? estoy preparada, te escuchamos

primero

una mañana, camino del trabajo, fernando se encontró con julián. hacía tiempo que no coincidían. bastó una mirada desde la ventanilla del coche para que refrescaran noches de copas casi enterradas. el semáforo de la calle balmes se puso verde y quedaron en verse esa misma noche, a las nueve en punto, en **can travi**. fernando fue el primero en arrancar

como siempre julián llegó tarde, cosa que fernando esperaba sucediera porque hay hábitos que nunca se pierden. durante la cena se pusieron al corriente. julián se había divorciado. las cosas nunca salen como te esperas, es curioso ¿no te parece? --comentó julián--. lo del amante de raquel, desde la tarde en que los encontré jodiendo en nuestra cama, fue la excusa perfecta para dejar de poner a los niños por medio: teníamos que separarnos. nada dura eternamente y resulta absurdo estirar lo que no da más de sí pero hablemos de esta noche, de nosotros, de las horas que nos quedan hasta que amanezca. sé donde encontrar

un par de mujeres espléndidas que nunca preguntan y con garantías sanitarias más que suficientes para que no se nos enturbie el polvo a medias. franceses, cascadas doradas, lo que quieras, lo que se te pase por la imaginación: sólo hay que pedirlo y pagar, nada más fácil....

fernando no escondió la sonrisa al confesarle que todavía no había pagado directamente por satisfacer y explayar su sexualidad, a lo que julián constató que, por tanto, desconocía la profesionalidad, el comercio de la carne, lo que despertaba en cada uno de nosotros. no sólo compra sexo quien lo necesita: estamos también los que lo hacemos por propia voluntad, no lo olvides --advirtió julián-- y por el gesto de fernando --la forma en que le brillaban los ojos-- comprobó que no habían cambiado tanto en el fondo. tras la cena fueron al bar donde solían iniciar sus aventuras nocturnas y se sentaron en una de las mesas hasta que apuraron el último trago antes de ir a buscarlas

fernando se sentía extraño. el efecto del alcohol había disminuido considerablemente. estaba tumbado en la cama, pensando en lo que a *llámame como quieras* le estaría pasando por la cabeza cuando descubrió --y le sorprendió hasta el punto de que el corazón le dio un vuelco-- la reproducción del mismo **magritte** que tenía en su dormitorio. le llegó su voz desde el lavabo entonces, como si lo estuviera intuyendo (quizá lo observara a través del espejo del lavabo): es la ventana, el paisaje roto a mis pies que sueño siempre y donde me escondo cuando no quiero que me encuentren. *llámame como quieras* vestía de negro, larga y trasparente hasta los tobillos. zapatos altos --de aguja-- a juego con una cartera de mano. estaba imponente y muy hermosa. le recordaba la frescura azul de aquella otra mujer que pintara dalí asomada a la ventana, pero

con el luto de la noche hincado en los ojos que nunca cerraba. hubiera sido infinitamente más fácil si *llámame como quieras* aparentara ser una puta: muy pintada y ligerita de ropa. tópicos, que de poco sirven, la verdad porque su elegancia, la armonía de su cuerpo en movimiento, la sabiduría de sus silencios a traición de las miradas lo cautivaron pronto, a conciencia y sin pesar

ninguno de los dos quería dar por finalizada la noche. fernando no tenía nada claro el motivo de *llámame como quieras* y lo más increíble es que tampoco le importaba. si quería más dinero, se lo daría, ningún problema y se lo propuso sin más preámbulos: vámonos a mi casa. bajaremos las persianas y alargaremos tanto como podamos esta noche, cueste lo que cueste

apenas había tenido tiempo de encontrar un par de vasos utilizables cuando llamaron a la puerta. insistieron de nuevo y *llámame como quieras* me preguntó si pensaba abrir, cosa que me negué a hacer aunque era julián el estaba gritando cada vez más alto desde la calle y tuve que acabar por abrirle. ¿cómo estaba tan seguro de encontrarnos en casa? aunque nadie lo había invitado, julián estaba ya en posesión de la botella --como en los viejos tiempos-- y se había lanzado a la búsqueda de un tercer vaso --quería ser equitativo con los grados--. bebimos hasta cansarnos, hasta reírnos de todo y de todos, empezando por nosotros mismos. fue entonces cuando se le ocurrió que podíamos jugar a las verdades, igual que los adolescentes cuando se ponen ciegos de litronas y volvimos a desternillarnos los tres. empecé yo --por decreto de julián-- y no me importó ser el primero porque lo tenía claro: a pesar de lo absurdo, angustioso y

contraproducente que resultaba estirar la noche, quería que durara tanto como fuéramos capaces de aguantar aunque, lo cierto, es que no te esperaba julián. quizá *llámame como quieras* aporte alguna luz al respecto porque, ya os conocíais ¿verdad?

sí, nos conocemos fernando y por más que me desconcertara al principio que julián me pidiera me fuera contigo --que usurparas su lugar, vamos-- ahora lo entiendo. te quiere más de lo que imaginas. sabías que acabaría en esta casa -- ¿verdad, julián?-- que había otra ventana como la mía en su dormitorio. nunca me lo dijiste. esperaste a encontrártelo casualmente para dejarlo caer entre mis brazos....

aquí es donde yo retomo la historia, desde ti, *llámame como quieras* --añadió julián apurando el trago mientras encendía un *habanos*-- para volver a fernando y tenernos los tres, en paz y basta, ¿por qué no? entiéndeme, entenderme los dos de una vez, vamos a ponernos de acuerdo, vamos a hacer las cosas bien, ¿no os parece?

segundo

de la noche que cubría la ciudad sin luna apareció como salida de la nada. alta, suave, triste, sola. fue siguiéndola por la playa, ocultándose al principio y corriendo abiertamente después, para alcanzarla entre las rocas. no cruzaron ni una palabra. tampoco ella opuso resistencia. la penetró hasta hacerle perder el sentido. despertó después. la vuelta a casa no fue nada fácil. las piernas apenas la sostenían. el vestido, roto y sucio de sangre, dejaba al descubierto su sexo muy mojado todavía, los pechos de luna llena a pesar de la madrugada. cruzaba la carretera cuando paró un coche en seco. intentó decirles que no había sufrido un accidente, aunque la gorda que iba detrás empezó a cloquear histérica que se trataba de una violación, que seguro estaba en estado de *shock*. llevarla a un hospital, dar parte a la policía es lo que escuchó antes que lograra explicarse de una vez y perdiera el sentido de nuevo....

buenos días. más saludos para todos vosotros desde tu dial preferido. son las doce de la mañana y casi no me quedan noticias interesantes para daros, aunque seguimos acumulando violaciones. una nueva víctima, en la playa. con ésta ya son quince las que llevamos este mes. siempre mujeres jóvenes. la de esta madrugada ha preferido no hacer declaraciones. la policía piensa que se trata del mismo individuo pero vayamos a la música, que es lo nuestro....

la noticia le hizo abrir los ojos con **golpes bajos** y aquellos olvidados *malos tiempos para la lírica* aunque creyó estar soñando aún. violaciones. quince. ¿de quien estaban hablando? se sentía mejor que nunca, especialmente bien con su cuerpo, consigo misma. quería gritar, desnudarse, dar vueltas y más vueltas hasta caer exhausta. recordaba el silencio rompiéndose con el mar de fondo, los brazos fuertes que la sostenían en vilo, su sexo erguido --boca profunda y húmeda-- y aquel olor que todavía la impregnaba, inundando cada rincón de su piel poro adentro. volverían a cruzarse, lo presentía. lo reconocería al instante, estaba completamente segura

decidió ir a trabajar por la tarde. esperaba que nadie la relacionara con la noticia. aparentemente todos se comportaban igual pero, a medida que iba avanzando la noche y servía copas y más copas, iba alejándose a su vez de las impertinencias habituales del público, los gritos del encargado, incluso de la mala leche de algunos de sus compañeros de barra. estaban recogiendo las mesas cuando vio cómo se sentaba. el corazón se le desbocó y necesitó correr hasta el lavabo para recuperar la respiración, aunque nada más salir volvió a latirle con la misma --sino más-- violencia en cuando notó cómo la estaba mirando, paralizado en un mar de

olas en la penumbra. le sudaban las manos, le ardía el bajo vientre, el corazón iba extendiéndose hasta sus labios que rezumaban ante él, ahora

camina por la playa en silencio hasta llegar al mismo lugar de la noche anterior donde empieza a desabrocharle los pantalones. su polla, la acaricia, la besa, la va lamiendo hasta comérsela poco a poco. mentira todo excepto el deseo que en vano se busca entre soledades, el miembro, el hombre que lo sostiene y su olor que la penetra --o tal vez otros hombres pero siempre encarnados en el mismo olor-- su mano caliente sobre los testículos, breves gemidos que van creciendo, confundiéndose frente al mar --con el mar, en el mar-- hasta alcanzar la calma y la dicha y la calma de nuevo, una vez más....

tercero

apartó la silla con las dos manos al levantarse y la puso en su sitio de nuevo, antes de empezar a sortear las mesas repletas de gente camino del lavabo. cedió el paso a un camarero que recogió el plato con los restos de osobucco, la copa y la botella vacías, para servirle una inmensa copa de helado con crema de chocolate y barquillo. fernando terminó de lavarse las manos y después de sacudirlas sutilmente, con un gesto distraído, fue secándose las manos antes de entrar en uno de los retretes con puerta de cristal granulado. cerró y se sacó la americana, que colgó de una percha que había para esos menesteres en la pared

cerró los ojos y respiró profundamente tratando de relajarse. por encima del silencio del baño escuchaba las voces que salían a través de la ventana de la cocina. empezó a distinguir los ruidos de los cacharros y, poco a poco, a los camareros entrando y saliendo, a las chicas que fregaban también. separó ligeramente las piernas y, sin prisas, se bajó la cremallera del pantalón, los calzoncillos después, hasta que dio con su miembro en semierección. miró el conjunto detenidamente, la americana gris colgada en la pared, con los calzoncillos semi caídos y su polla muy rosada en la mano, encima de los pantalones grises también. cerró de nuevo los ojos y recuperó su estado anterior en cuanto centró sus sentidos en los ruidos procedentes de la ventana. escuchaba a las chicas reír y comentar, mover platos y sartenes, derramar agua por doquier. componía con ello imágenes a toda velocidad que entremezclaba con otras de su propia fantasía: una sirvienta redondita y sonriente, con la bata desabrochada, mostrando sus tremendas tetas, los pezones que le saltaban y que le recordaban pajas furtivas de pequeño, mirando a través de la cerradura, hasta que alguien ordenó cerrar la ventana de la cocina a pesar del calor y enchufar los extractores, que para eso estaban

fernando se quedó a medias. estaba caliente y le había jodido que hubieran cerrado la ventana de golpe, sumiéndole en el silencio, paralizándole la mano, la película que lo estaba disparando cuando le pareció oír un gemido entrecortado. centró su atención y ,de nuevo, otro gemido --más grave aún-- se repitió. con el miembro a punto y la intriga recorriéndole el espinazo comenzó una paja lenta, una paja que iba a recordar el resto de sus días siguiendo el encadenamiento lento de movimientos, memoria arriba, memoria abajo. las gotas brillantes de

sudor, los músculos tensos, espasmos con cada nuevo gemido, cada vez más cerca, acompasados, ritmos que se aceleraban hasta sentir el preludio del orgasmo, calcándose el uno del otro, apurándolo hasta el final. un chorro de semen saltó de su tallo --un total y galopante gemido-- que los confundió y que le manchó del todo su americana gris

recuperó la conciencia sentado en el váter y fue abriendo los ojos lentamente. acabó de subirse los pantalones y recogió la americana que dobló bajo el brazo. salió del lavabo, abonó la cuenta, recogió la agenda que había descuidado sobre la mesa y seguía ahí por suerte, preocupándose de un descuido así, tan inusual en él y se marchó sin prestar atención a los restos del helado que alguien se había comido en su lugar. al llegar a casa y tirar en la cama su americana, la agenda salió volando del bolsillo en que la había guardado. fue al recogerla cuando descubrió un papel doblado en su interior que leyó:

gracias por el helado. has estado maravilloso

un beso de carmín y un número de teléfono cerraban la nota. descolgó el auricular y marcó tranquilamente, agradeciendo a ciegas --sin preguntas que valgan-- el haber olvidado la agenda encima de la mesa mientras estaba lavabo, el descuido proverbial que quizá los encontraría de nuevo...cuatro, diecisiete, sesenta y....

cuarto

y no cesaba de llover. el público se había hecho invisible, además, era lunes. abríamos a pesar de que no hubiera actuación. fernando y pepe valverde --hermanos gemelos, socios y dueños del local-- solían aprovecharlo para invitar a sus amistades más íntimas, aunque la fiesta no comenzaba hasta pasadas las tres, cuando cerrábamos. sólo se quedaban un par de camareros de absoluta confianza y ni a sergio ni a enrique había forma humana de sonsacarles sobre lo que ocurría en *crystal* cuando llegaban los valverde. los demás teníamos trato únicamente con el encargado, demetrio domínguez, un hombre de bar de toda la vida, con mucha paciencia y con un inquebrantable silencio frente a cualquier tipo de preguntas que generáramos. demetrio nos despedía de prisa los lunes

que tenían que hacer acto de presencia y no empezaba a organizar, a dar órdenes, hasta constatar que habíamos salido del local

sigue lloviendo y son casi las dos de un lunes inundado que se niega a pasar. demetrio tiene la gripe y sergio me ha pedido que cierre porque enrique tampoco se ha presentado a trabajar: operaron ayer a su mujer de una peritonitis. rocío se acaba de ir con juan, que la deja a un paso de su casa y así se ahorra el taxi y luis se está cambiando ya, aunque tampoco hace falta que me espere hasta las tres en punto para cerrar. esta cárcel de barrotes mojados que no cesa no va a dejarme ir a ningún lado y prefiero quedarme sola....

aparecéis tras los barrotes como si os estuviera inventando. quedan pocas luces encendidas dentro del local y la penumbra arrebuja risas, chapoteos, vuestras sacudidas. extendéis los abrigos sobre las mesas, los sombreros que también lleváis. empapados de arriba a bajo hasta que te me acercas, mientras tu hermano se encamina al lavabo que no duda en encontrar. quieres dos copas, algo verdaderamente apetecible para el aguacero que nos tiene atrapados. la luz de la barra me ciega y te das cuenta porque no te mueves antes de preguntarme. no, no soy rocío, hace un rato que se fue a casa. insistes en las copas y te sientas en una de las mesas. de espaldas, me comunicas que demetrio se encuentra mucho mejor, que seguro que mañana estará aquí. dudo entre el whisky y la ginebra para empezar, pero la lluvia acaba por decidirme. la justa proporción: ese es el secreto del *gimlet* --la lima pone el aroma en el sabor-- mucho hielo y saber utilizar la coctelera. falta añadirle la guinda verde, nada más.

el bote está vacío. quedan algunas, pero son rojas. demetrio las guarda en el almacén aunque no sé si encontraré las llaves. te comento desde la barra que voy a buscarlas. no tardaré por más que ni te dignas a mirarme: permaneces de espaldas, los ojos clavados en la ventana por la que llueve sin descanso ni final. antes de entrar en la cocina me atrapa tu voz de nuevo: no quieres música, prefieres el murmullo del agua cayendo. el otro sigue en el lavabo todavía

las llaves no aparecen por ningún lado aunque no me resigno a servir los *gimlets* con guinda roja. oigo pasos tras mi espalda. la puerta se entreabre y escucho dónde encontrarlas, razón de más para acabar encontrando las guindas verdes. la luz del sótano se funde al encenderla. con un simple mechero en la mano me meto por el lado de la izquierda, en el que alcanzo a divisar botes de conservas. no es tan fácil leer las etiquetas en estas condiciones. vuelvo a oír pasos pero esta vez no se detienen. ¿si busco las guindas verdes? claro que las busco, ya lo sabes, aunque la penumbra me lo impida pero tus manos me las acercan y me pides que me deje hacer, que me va a gustar. sacas un pañuelo del bolsillo y, a pesar de la oscuridad, me vendas los ojos antes de estirarme en el suelo y atarme las muñecas. ha vuelto la luz, lo noto y tus idas para volver de nuevo. estás desnudándome ahora, sin rozarme apenas, sólo con el aliento muy cerca y son guindas verdes --lo sé, lo sabemos los dos-- desde mis labios las que dejas, una a una, bajando entre mis pechos, deslizándose por el ombligo, resbalando hasta la cueva del mosto de granadas --la más escondida-- y escanciarme almíbar dentro--guinda a guinda-- muy muy dentro: verde carne, pelo verde, con ojos de fría plata, cruzando el espejo para encontrarme con el vértigo de cara, la

única realidad de estar cayendo sin remedio, cada vez más suave, mojándome más aún hasta que estallo en un grito que nos rompe sin parar

casi no he notado cuando me has desatado. me acabo de vestir en la cocina, antes de salir con las tres o cuatro guindas que has dejado en el bote. sin miraros, vuelvo a preparar los *gimlets* aunque tu voz me anuncia que os acompañe, que serán tres. en cuanto los sirvo, me indicas que me siente frente a vosotros y me propones un juego muy simple con el brindis. se trata de que responda a una única pregunta. si gano, puedo ver cumplido el deseo que quiera: basta con pedir, pero antes he de adivinar si has sido tú o tu hermano el que me ha ayudado a encontrar las guindas verdes hace un momento --si es que no habéis sido los dos-- ¿no creéis?

quinto

ocurrió una tarde en el sex-shop de la calle aragón. no había forma de identificarme. aprendí el arte del disfraz poco después de convertirme en un hombre público. el mundo de la política es complicado y hasta la más pueril de las banalidades puede convertirse en un escándalo. ni mi madre, ni tan solo sara --mi mujer-- han logrado reconocerme cuando me lo he propuesto, lo que siempre me tranquiliza y me otorga pequeñas libertades. salía del garaje de la estación de sants cuando te vi entrar fernando y, complacido, decidí seguirte absolutamente convencido de que no me reconocerías, como de hecho pasó --no creo que fuera uno de tus montajes, la verdad-- así que os lo voy a contar tal cual

tras los neones, una puerta negra , luz roja y una flecha que nos invita a seguir adelante. pantallas gigantescas de vídeo nos invaden sexo en todas sus variedades, colores y posiciones imaginables: bocas comiéndose pollas que no

paran de succionar más y más, lenguas lamiendo, chupando vaginas, enloqueciendo clítoris, poniéndolos al rojo vivo hasta dejarlos chorreando, mojando culos, cantidades ingentes de esperma saliendo de penes enhiestos, acompañándose de consoladores de todos los tamaños que entran y salen de mujeres que cambian continuamente, preparando el camino a la cadena de penetraciones que nos salpica por doquier, sucesión imparables follando, taladrando coños y culos ahí donde se nos ocurra mirar. están los escaparates también, desde los que nos van haciendo demostraciones de cada uno de los accesorios expuestos para crear ambiente, indicando cómo sacarles el mayor rendimiento y camareros y camareras por doquier, ellos con una pajarita en la verga --todas reseñables porque el lacito a reventar las pone más que en evidencia-- y ellas con una cofia encima del coño depilado caprichosamente, alguno incluso con mensaje tatuado sobre lo que hacer con él. todo, absolutamente todo rezuma sexo. copas que no dejan de llenarnos y que bebemos como esponjas. sigo estando muy cerca de ti cuando de una de las puertas del fondo empieza desfilando una eva al desnudo con solo una hoja de parra que, al llegar ante ti, se abre de piernas y te conduce la mano hasta su coño chorreante, antes de bajarte los pantalones de golpe. el tamaño no desmerece nada a la media que se exhibe, lo que contenta profundamente a tu eva que descorcha una botella de cava para celebrarlo y va derramándosela por las tetas mientras la subes a la tarima para beber hundido entre sus piernas largas, más mojadas todavía ahora....

esto se ha descontrolado. vuelan y caen americanas, camisas y pantalones por doquier, calzoncillos y sostenes que se arrancan a mordiscos bajo la luz de las

pantallas que disparan enloquecidas. manos seguras, bocas ávidas, sexos encendidos que se buscan. cerca de la entrada hay un hombre sentado al que le está comiendo la polla una rubia. un negro la encula con una herramienta espectacular mientras se toca el conejito ricamente y sigue chupándose a al otro con ahínco, mientras que a mi izquierda tres chicos se lo montan enganchando a cuanto se les cruza en el camino para seguir el círculo vicioso. una mujer hace el avión: tiene la cara demudada, chorrea placer cerca de una pareja de jovencitas que se lo montan extraordinariamente, junto a las que se está corriendo un tío entre las tetas de una gorda que se cae del gusto encima de la que se está empalando con un enorme vibrador, a la vez que mira una de las pantallas en la que el esperma mancha el objetivo. orgasmos múltiples, continuados, repetidos, que nos confunden, por lo que no notáis que estoy cada vez más cerca. la estás penetrando apoyado en la pared y me queda su espalda y el culo accesibles para llegar hasta tus huevos que casi rozo, ya despojado de mis pantalones, mientras preparo su agujero libre y se la clavo, aunque una mano me está subiendo entre las piernas, me empiezan a lamer las ingles, saliva que facilita el que se la meta hasta el final....

sexto

era una mañana de sudor. la humedad empapaba cada centímetro de una realidad tan líquida, que se escurría entre los pensamientos y acababa por encharcarme. anhelo, carne mojada. era un día para inventar imágenes de agua que te condenan. pensé en un lugar apropiado, con aire acondicionado, donde respirar mejor. quizá una sala de exposiciones poco frecuentada en la que pasear sin encontronazos desagradables, un espacio libre suficiente. salgo de casa dejándome guiar por la casualidad hasta que doy con la sala que necesitaba: cuadros enormes de colores extraños, huérfanos de nombre, que provocan desgarrando los sentidos y se resienten del sudor, quieren licuarse conmigo esta mañana....

Llevo varias horas mirando fijamente uno de los lienzos, horas nadando sin desear descansar ni un momento. las brazadas son cada vez más lentas, más intensamente cansadas, mientras los dedos huyen hacia el tacto imposible y me

subo la falda, me bajo las bragas. pienso en negro, un negro sobrio que me susurra al oído el deseo. voy pellizcándome los pezones, lamiéndome los labios y pienso en verde, un verde intenso que me repite que no deje de tocarme, que me deshaga por dentro. abro las piernas acariciándomelas suavemente, acercándome al cuadro cada vez más hasta que me libero de la blusa y del sostén con furia pensando en rojo, un rojo estridente que me grita enloquecido que quiere morirse follándome y que va deslizándose por el bajo vientre hasta mi coño, mezclándose entre el flujo y el sudor, un dedo primero, dos, tres, la mano entera que resbala dentro hasta que salto de un espasmo, me corro pensando en blanco

hacía mucho que fernando no disfrutaba tanto. no se esperaba lo que acababa de ocurrir, la verdad, porque si había entrado en aquella sala era por casualidad, de camino a una entrevista. había desayunado en el bar de en frente porque todavía era pronto. el calor en la calle era insoportable cuando salió. le quedaban algunos minutos y entró sin esperar nada extraordinario aunque la descubrió después, clavada frente a uno de los cuadros y notó que su miembro lo ponía en alerta porque, al acercarse, vio no sólo que se tocaba sino que se estaba bajando las bragas para masturbarse con furia y sin ningún pudor, lo que le puso tan caliente --le llegaba el aroma de su sexo abierto-- que se bajó la bragueta y se la cogió de lleno, pendiente de cada movimiento que hacía, resiguiéndolos uno a uno, palpando su portentosa erección sin quitarle ojo de encima

el grito desgarrado de ella se fundió con su jadeo profundo e interior, con la vibración de las tripas cuando el semen voló en el aire y el sudor que resbalaba con insistencia entre sus piernas, encharcándolos, con la mano en el coño

todavía ella, deslizando los dedos frente al lienzo aún. disfrutaba lamiéndoselos antes de volver a introducirse los, más mojados todavía, cuando fernando se marchó. cruzó la calle y pidió otro café en el bar. la entrevista se le había borrado por completo de la mente. desde la barra vio como salía de la sala y se encaminaba hacia la parada de autobús. apuró el café y la siguió sin dudarlo

están esperando, uno al lado del otro. la excusa para empezar a hablar no es otra que la exposición de arte abstracto en la que acaban de coincidir. pasan varios autobuses que no cogen hasta que deciden ponerse a andar sin rumbo fijo. fernando se excita sólo de pensar en su boca abierta, las yemas chorreando del coño a sus labios mojadísimos y lubricados, la forma en que se chupaba los pezones, el chapoteo inabarcable que le atrapa a pesar de la falda, de las bragas que lleva ahora mientras siguen caminando, continúan paralelos a pesar del tiempo, las obligaciones y lo que no tiene solución

séptimo

las calles del pueblo confluyen hasta la plaza mayor, muy iluminada, con centenares de banderolas colgando y gente por doquier. fernando espera a pedro, un viejo amigo que tiene una mansión por los alrededores. no era la primera vez que le invitaba, pero hasta hoy no había acabado por aceptar. por si no la encontraba y, con la excusa de la fiesta anual, insistió en que quedáramos en esta plaza –piensa fernando malhumorado— a reventar de abuelos, niños y niñas, chavales, parientes, conocidos, amigos y vecinos esperan impacientes inicie el ruido atronador de los cañones que estalla ahora: chorros de espuma entre los que se esconden, resbalan y saltan por los aires para hundirse de nuevo una ...otra vez.....

es mejor que pedro me encuentre, no moverme demasiado. sólo pensar el buscarlo, me cansa. esperaré, cosa que estoy haciendo cuando me coges del brazo. uno de los cañones atina con nosotros en este momento. tu pelo ondulado,

largo y mojado, la camiseta blanca que trasparenta unas tetas increíbles, tiesas y erectas como mi sexo que empieza a dolerme encerrado en los pantalones, mientras la espuma sigue cubriendo la plaza de blanco, espuma que todo lo trastoca, que crece y se desborda, como mi malestar asfixiante porque estás pillando de los huevos ahora --me petan los vaqueros-- bajándome la cremallera --espuma sibilina y alevosa jugándonos las ganas-- con tu culo cada vez más cerca, frotándose contra mi polla enardecida. la voz de Juan Luis Guerra nos derrama desde los altavoces cuando busco las bragas que no llevas y resbalo hasta tu coño, me hundo entre sus labios, espuma que nos sigue creciendo y nos desparrama más allá de la plaza, de las calles más cercanas, tronando imparable y entre la que te pierdes en cuanto me corro

me abro paso, como puedo, hasta el bar más cercano antes de meterme en el lavabo. estoy empapado. pido una cerveza al salir, con la mirada clavada en la espuma por donde te has perdido cuando una mano me toca por la espalda y salto sin poderlo evitar: joder, Pedro, por fin me has localizado y al darnos un abrazo, veo que te encaminas hacia nosotros, que te coges del brazo de Pedro que, sin poderse contener ni un segundo más --exultante de felicidad-- me cuenta que vais a casaros, que está a punto de caer en la trampa, aunque no se arrepiente porque te lo mereces todo, que te mire si no. lo vuestro ha sido mucho más que un flechazo. casi nadie lo sabe todavía y te alegras de podérmelo decir en persona esta vez, ¿no es cierto, querida? --te pregunta mirándote a los ojos de espuma aún-- estás encantada, al parecer, porque he decidido aceptar vuestra invitación --añades-- tanto hablar de mi, normal que quisiera conocerme y es que,

en el fondo, soy todo un personaje por más que te toque los cojones el
reconocerlo y no sabes hasta qué punto, pedro...

octavo

francisco javier ha pasado a buscarme –piensa asqueado fernando-- por más que le aseguré que no iría a esa maldita fiesta de actores, periodistas y demás especímenes, pero está emperrado. es su primera película, tengo que entenderlo. sigo sin moverme a pesar de que su histeria va en aumento, hasta que empieza a buscar entre mis armarios lo que ponerme --cosa que me cabrea considerablemente-- y por no despacharlo de malas maneras, consiento en vestirme y evitarnos una bronca. media hora, no más. está encantado de la vida: esta vez voy a dar mi brazo a torcer y disfrutaré con el encanto y la elegancia de diana cabañas, la protagonista de su **calidoscopio imposible**. no contesto porque soltarle un par de improperios es un golpe bajo en una noche tan señalada, así que me contengo y acabamos por salir de casa

poca gente. se trata de una celebración íntima en el estudio de un amigo detrás mismo de la catedral, un ático de enormes ventanales. me gustará: la vista

es excepcional. sigue hablando sin mirarme, contándome que mañana es el estreno, por lo que casi la pisa al entrar. no le ha tirado el *tetrabrik* porque lo ha cogido al vuelo sin asomar ni la nariz, aunque su mano parece joven. la mal tapan andrajos y una manta rota que ha perdido hasta el color. cuando me giro camino del ascensor, salta del ovillo sucio y hediondo en el que se oculta un mechón largo y muy negro. cuando cierro las puertas se descubre lo justo para echar un trago. subimos en silencio

desde el principio me entran ganas de irme. son amables pero no tengo el cuerpo para fiestas. José Javier sabe lo de mi padre e intenta que me anime, a su manera, como los demás, salvo que no estoy deprimido: sólo me replanteo algunas cosas que su suicidio me ha adelantado en todo caso, nada más. bajo las escaleras a pie y desde el portal, antes de salir, veo como un policía la hace levantar de mala manera. va arrastrándose hacia un pequeño parque y la sigo hasta un rincón oscuro donde se ovilla de nuevo, cerca de un banco. me siento para encender un cigarrillo y escucho su voz entonces: quiere fumar. saco un *malboro* de mi pitillera, se lo ofrezco y basta un gesto para que me deje caer a su lado a pesar del hedor que desprende, del traje nada apropiado que llevo. cuando coge el *tetrabrik* del suelo y me lo pasa --me está invitando en toda regla-- se me levanta el estómago nada más acercármelo, subiéndome las náuseas tan en el acto, las muchas copas que llevo encima por más que éste sea el trago final, totalmente metafórico pero literal también, un trago que me eriza la garganta más allá del nombre que se ponga a cuento y se atreva y los sucesivos, los tragos que nos siguieron atomizándome por dentro, por fuera. apenas te veo entre el intolerable olor que nos envuelve pero vas renovando el *tetrabrik* como por arte de magia--

¿los tiene escondidos?, ¿de dónde los sacas?-- y este mareo que me va creciendo cada vez más, que permite que tu mano vaya perdiéndose entre mis pantalones....

das un amplio sorbo que me escuece cuando te la metes entera. va hinchándose contra todo pronóstico, mamándomela así, sí.... poniéndome loco el capullo. escurres mientras la otra mano por mi culo hasta empalarme el dedo corazón que no dejas de mover y te me va comiendo los huevos a fondo, tragándotela una y otra vez, bebiéndotela sin respiro, dejándome seco cuando exploto en tu boca al fin

me despierta José Javier muy asustado, pensando que me acaban de atracar o algo por el estilo. estoy hecho una mierda y apesto a tintorro barato. le pido que me deje en casa y que, sobre todo, no pregunte: no tengo fuerzas para nada. busco sin mucho empeño los cigarrillos y, en vez de la pitillera, aparece una nota con un boleto de la primitiva en el bolsillo de mi americana:

encontré este boleto en el suelo. faltaba poner el nombre. me divirtió la idea de que alguien hubiera tirado su suerte por la borda y lo llevé a un estanco. quinientos ocho millones. una única ganadora, en barcelona. como no se que hacer todavía con tanto dinero, guárdamelo. ya se nos ocurrirá algo

noveno

fui siguiendo calles hasta perderme bajo el manto de la noche. llamaba a mis fantasmas, los invocaba frente al mar, en soledad, dejándolos correr a mi paso . lo que menos me esperaba --una moto, risas, pasos muy cerca-- los disipó de golpe y me escondí tras un árbol centenario para mirar sin ser descubierto

el filo de la luna las recortaba cuando se miraron frente a frente y la del pelo corto clavó un morreo a la otra que casi se la traga, antes de echarse a correr. la agredida trató entonces de atraparla, hasta que la otra se giró bruscamente y cogiéndola por el pelo, la besó largamente en el cuello, arrancándole la blusa de cuajo. sus tetas quedaron expuestas al contraluz de la noche. no esperó más: la empujó sobre la hierba y se tiró sobre ella con un rápido y ágil movimiento hasta rodar cuesta abajo. la inmovilizó entre sus rodillas esta vez. escuché un gemido al que respondió apretándose aún más --cuerpo contra cuerpo hasta confundirse,

fundirse-- para agarrarla por la cabeza con las dos manos y estrecharla contra su sexo. comió, vaya si comió de aquel coño húmedo por encima de la tela elástica y brillante de sus mallas. comió con locura y dolor hasta desgarrar la lycra con los dientes e ir abriendo con sus largas uñas, después, los labios del secreto que la aguardaba, que buscaba colmar su sed hundida. restregaba y sorbía su clítoris redondo como la luna, mientras la otra seguía apoyando con fuerza sus nalgas contra la garganta imposible que jadeaba pidiendo más, rogándole que se lo diera todo, que no parara, no....

estaba haciéndome una maravillosa y descomunal paja al compás de los últimos gemidos cuando se levantó y echó a correr, mordiéndote para liberarse de las manos que en vano la retenían hasta que me viste --a pesar de la noche-- tras la parábola blanca y espermatozoica, francamente delatora, que ya no escondía ni controlaba y fuiste acercándote hasta mí....

cuerpo de cristal, piel fría que me transparentaba y que fui mojando beso a beso hasta alcanzar el triángulo oscuro y beber de tu sed, perderme en su misterio. te corríste sin que lograra arrancarte ni tan siquiera un gemido aunque mi erección volvía a ser total y te buscaba encendida, por lo que te puse de rodillas y apuntalé urgente, cediendo el aro hasta meterme en tu culo de lleno. subía y bajaba tan ensimismado que no me di cuenta de cuando la viste, sólo que volviste a gemir, suave al principio, con mucha más virulencia después. se acercó lo suficiente para que vieras cómo iba tocándose el coño, llevándose los dedos a la boca para volverlos a deslizar hasta metérselos uno a uno y me corrí . saltaste enloquecida

y, cogiéndome la polla --la estabas mirando tras mi espalda en ese momento-- te la tragaste. tu lengua trazando itinerarios más imposibles todavía --imposible todo salvo lo imposible-- la humedad tenue que me llamaba a seguir, a vislumbrar el abismo sin perder el sentido. salí de tu boca para sumergirme en las abisales profundidades de tu coño hasta que se corrió y te corriste y me corrí, a continuación, otra vez

décimo

era la tercera vez que la secretaria de fernando lo avisaba. una mujer deseaba hablar con él. no había querido dar su nombre. rosa pensó, por un momento, que quizá fuera una de las amantes de su jefe --soltero de oro de los más cotizados-- aunque nunca mezclaba trabajo con placer y nadie iba a verlo ni a buscarlo a la oficina, nadie que tuviera una relación personal con él. rosa insistió en que dejara un mensaje, que el señor valverde se pondría en contacto con ella tan pronto como le fuera posible, pero rehusó y añadió sólo que esperaría lo que hiciera falta. le indicó que tomara asiento. era muy hermosa aunque no se quitó las gafas de sol ni para abrir el libro que llevaba dentro del bolso y del que no levantó la vista ni una sola vez. le sorprendía que no preguntara si fernando tardaría mucho tiempo aún en recibirla, aunque iban pasando las horas. tanta concentración acabó por despertar la curiosidad de la secretaria, que se le acercó con la excusa de ofrecerle un café. su sonrisa, la profundidad de sus ojos que entrevió a pesar de las gafas, le recordaron extrañamente a su jefe. tuvo tiempo de leer el título de la novela --**el hombre**

que se enamoró de la luna-- antes de que le diera las gracias y le repitiera que no quería tomar nada

verte y decidir que sería mejor que habláramos comiendo fue inmediato. no era por cuestiones de trabajo que me buscabas precisamente. preferías llegar al restaurante antes de decirme lo que fuera. frente a frente, tuve la sensación de estar viéndome en ti mientras seguías hablando. se trataba de una carta. llevaba mi nombre escrito en el sobre. te había tentado el abrirla, pero querías que supiera que no lo habías hecho. tu madre había muerto hacía pocos días y te di mi más sincero pésame, aunque me pediste que no te interrumpiera. carlos prieto --vuestro abogado-- te llamó el miércoles para firmar papeles pendientes y comunicarte el último deseo de maría: entregarme esta carta en persona, aunque nadie más debía leerla, ni tan siquiera tú

me escudriñabas, sin preguntar, mientras en vano pasaba revista mentalmente a todas las marías que había conocido, esperando encontrarles algún parecido contigo, pero me resultó imposible. la carta permanecía encima de la mesa. maría se quedó viuda poco después de que nacieras --fuiste contándome--. nunca te explicó cómo había muerto tu padre, pero a través de un tío que te visitaba cuando estuviste interna en los colegios de londres, suiza y parís según orden cronológico, supiste que había sido en la cárcel. el desespero la empujó a perder el miedo y se lanzó a cantar. la ayudó un concurso de televisión y el enchufe del mismo tío con el productor, que a su pesar, le hizo un hueco. triunfó. no le gustaba hablar del pasado y, cuando la ponías entre la espada y la pared, te

confesaba que había olvidado lo que no quería recordar y dejabas de insistir:
sabías que no ibas a sacarle nada

fuimos comiendo sin que pudiera quitarte los ojos de encima, asomándome hasta caer en abismo azul que me miraba transparentando y me escuché invitándote a seguir y, al aceptar con toda naturalidad, al pagar la cuenta y recoger el coche y llegar a casa y que fueras derecha al *magritte* de mi habitación y te desnudaras y entrar y encontrarme en ti , supe estábamos escritos el uno para el otro. acabaste por dormirte --o lo hiciste ver-- y me levanté para coger la carta del bolsillo interior de la americana, antes de cerrar la puerta del lavabo, bajar la tapa del váter y, sin pensarlo dos veces, ponerme a leer:

fernando:

me ha costado decidirme pero por fin lo he hecho. no creas que las tengo todas conmigo, aunque dicen que es mejor prevenir que curar. noto que me queda poco tiempo y cada vez me obsesiona más la idea de que acabes encontrándotela casualmente y pase lo que debes evitar. sabiendo quien es --y te entregará la carta en mano-- no tendrás excusa. confío en ti (has demostrado ser el más inteligente de la familia y de veras que me alegro, créeme)

la historia empezó en tu casa, donde servía desde que llegué del pueblo. tu padre me cogió un gran cariño y, pasados unos años, fueron habituales sus visitas nocturnas, aunque no quiero extenderme al respecto, porque lo que tuviéramos él y yo, no te incumbe. notaba las miradas de tu abuelo también y me libraba de sus pellizcos cada vez con mayor dificultad. sé que me espiaba, pero eso no fue lo peor. pasó poco después de que cumplieras los dieciséis años --aquí tienes que empezar a recordar por necesidad--. me dabais tanto trabajo y estaba tan cansada que, cuando entraba tu padre, casi ni me enteraba, aunque noté que no era su cuerpo aquella noche y abrí los ojos para sacudirme a tu abuelo de encima, que ya se había corrido y se había corrido dentro el muy cerdo. fui a lavarme a toda prisa pensando en la que se podía armar y se lo callé a tu padre para evitar problemas, pero sentencié a tu abuelo: nunca más tenía que suceder. dos noches después, como si no hubiera pasado nada, oí la puerta y me hice la dormida. estaba un poco rara y no quería que tu padre lo notara y me preguntara. la suavidad de sus manos, esa segunda noche, consiguieron hacerme volar hasta caer en un limbo de besos y caricias que borraron el último paso hasta que abrí los ojos y me encontré contigo, como tu abuelo dos noches antes, donde tu padre siempre y sin remedio, corriéndote también

quedé embarazada, ¿cómo no? todo un culebrón con lo cual, los remordimientos de tu abuelo fueron creciendo hasta caer en una total depresión y acabó confesándole a tu padre lo que había pasado. pactamos que lo mejor era que alquilara un piso, que me buscaría un trabajo e insistió en que le hiciéramos la prueba de paternidad desde el principio. me negué durante muchos años pero, tal como fueron las cosas, acabé por consentir y, al demostrarse que no era de ninguno de los dos, tuve que explicarle lo tuyo porque es tu hija, ya lo sabes, como tu padre --eso que se ha evitado tu abuelo-- aunque todo quede entre familia. ya ves de lo que sirve insistir tanto ¿o por qué crees que tu padre acabó cortándose las venas? él también la conoció y no lo pudo evitar, por más que me opusiera a la relación. fue quien le regaló ese libro que siempre está leyendo. se lo sabe de memoria y sigue con él a pesar de todo, sin decir nada, sólo mirando, observándonos, esperando lo que debes evitar. la dejo en tus manos, protégemela para que toda su hermosura acabe siendo todo el amor algún día, aunque mis ojos no lo alcancen a ver. no lo estropees ahora que la tienes tan cerca, piensa, sálvala de este naufragio....

onceavo

en el entierro de tu padre me hiciste sospechar. estabas derrumbado. la inteligencia fina y aguda a la que nos tenías acostumbrados y que hacía inquebrantable la expansión de tu poder sin tan sólo proponértelo, se evaporaba tras las gafas de sol que te escondían. rodeado de coronas, frente al ataúd, estrechabas manos y agradecías los pésames que nunca se acababan. tu hermano se había quedado con vuestra madre. tras la noticia tuvo un amago de infarto y estaba ingresada. insistía en ir al entierro y a pepe no le había quedado más remedio que vigilarla

te llamaron de comisaría para que pasaras por casa de tus padres: había que identificar el cadáver. era él, no cabía la menor duda. se había cortado las venas en la bañera. lo tenía todo perfectamente calculado. tu madre no solía viajar sola, pero como habían operado a una prima suya recientemente, fue a verla a donosti. insistió en que la acompañara, pero encontró mil y una excusas. partió con un

mal presentimiento que no lograron disiparle las palabras. llamaría nada más llegar, estaba seguro. dejó la puerta del lavabo abierta y llenó la bañera antes de meterse dentro por última vez, su maravillosa bañera con plantas que colgaban de la claraboya hasta casi rozar la espuma. cogió una cuchilla de afeitar del armario del lavabo y el teléfono, que dejó al pie de la bañera. el agua enrojecía poco a poco. marcó el cero noventa y uno. no era una broma. se acababa de cortar las venas. les dio la dirección y tu teléfono, por lo que tuviste que cargar con la noticia y silenciársela a tu madre, avisar a pepe, al médico de la familia, falsear un infarto de última hora y dejarlo todo immaculado. mejor evitar sospechas, mucho mejor....

había cambiado durante los últimos años, aunque seguía haciendo más o menos lo mismo de siempre. tu madre lo achacaba a cosas de la edad. ¿habría alguien más? quizá, pero tu padre no era de los que se suicidaban por una mujer: confiaba demasiado en sí mismo; quizá le habló de ti en algún descuido y a ella se le ocurrió seguirte por capricho y a despecho para encontrarle todo el sentido después; quizá simplemente lo soñó hasta que sucedió y se suicidó, qué quieres que te diga

su hija. siempre quiso tener una niña y cuando nació el hijo de maría siguió repitiendo que era una niña hermosísima de grandes ojos azules, su única hija, la última. le compró vestidos desde el principio, obligándola a dejarse el pelo largo, sin que sirviera de nada cuanto hiciera su madre para que desistiera, hasta que acabó aceptándolo también --no le quedó más remedio--: la perfección de sus facciones, aquella redondez extraña y proporcionada de su cuerpo de piel suave -

-sin bello apenas-- lo convertían cada vez más en mujer. fue creciendo bajo los ojos de tu padre que escogió los mejores colegios para ella, mientras maría cantaba por las noches o estaba de gira. nunca imaginó lo que llegó a suceder, carne de su carne dentro de él hasta que, por querer saber más --hacerla del todo suya-- consiguió que maría accediera a la prueba de paternidad y fue cuando descubrió que era tu hija --su nieta en realidad--. había sido una estocada aquella tercera posibilidad con la que nunca había contado y que se lo tragaba, tanto que acabó por decirle la verdad y no la pudo detener, ciega como estaba, porque movió cielo y tierra hasta dar contigo. lo supo con toda seguridad cuando le comunicó que había decidido operarse, convertirse en mujer totalmente para ti. lo pasó muy mal y la acompañó en aquellos momentos decisivos amándola más que nunca, aunque no era por él por quien estaba pasando por aquel infierno: no lo necesitaba, le bastaba con tenerla cerca y lo sabía. contra todo pronóstico --como era habitual en ella-- se recuperó pronto. no soportó saber que la había perdido, que os había perdido para siempre y tomó la decisión más drástica --cortar por lo sano-- con la misma serenidad que había caracterizado su vida

fernando

fue una noche de agosto. salí de casa sin tener muy claro dónde ir. tomé algunas copas aunque no tardé en aburrirme. el coche decidió por mí y fuimos recorriendo las calles vacías hasta el rompeolas. luces rompiéndose en el agua, luna --a mi espalda-- mojada y blanca pisando el acelerador, perdiéndome en el asfalto. barcelona se abría sólo para mí, penetrando las gargantas intermitentes de las rondas que la abrazan hasta la residencia, donde me desvié sin saber por qué entonces, imaginé que distraído por la radio que me estaba regalando con una canción que había olvidado --creí haberla borrado, horadarla hasta hacerla desaparecer de mis neuronas-- pero la casualidad me la brindaba frente a un hospital, poco antes de que me atrapara la madrugada con la misma cara de ayer. instintivamente --tarareándola-- y sin nombrar al diablo --camas, quirófanos, pasillos de acero por donde se pierde la luz-- me adentré por la zona olímpica del valle hebrón, una avenida desierta donde la noche se estremecía bajo las ruedas de mi coche, hasta que tuve que parar. no fue por respetar un semáforo en rojo sino porque, lo que vi volar en lo alto de una gigantesca cerilla

que se doblaba, eran las faldas blancas que descubrían unas piernas que merecían haber sido soñadas. frené en seco. pinos que se confundían con la noche desde los que se levantaban cinco cerillas gigantes. dos aparecían consumidas por completo en la de la acera de la izquierda y en la de la derecha, una lo estaba casi --curvada hacia el cielo con la cabeza del todo negra-- en la que alguien había escrito la palabra dios con mayúsculas muy blancas. te veía volar desde la única encendida --su llama azul que en vano clamaba ante una luna que nos estaba cimbrando-- tus zapatos blancos resbalando de la cabeza de la cerilla que se quebraba en tu cintura hasta mí, el cabello negro, alborotado, las faldas enardeciendo, salpicando la noche sin atreverme a respirar aún. corrí en dirección hacia la que huías hasta comprobar que no estabas sola, que te esperaban muy cerca: alguien que te robaba ante mis propios y atónitos ojos. ni las briznas de tus faldas tras la cerilla desnuda. corrí más, corrí exhausto hacia donde os ibais perdiendo hasta que me atrapó la madrugada, sin aliento, frente al hospital

un zapato, como en el sobado cuento de la cenicienta, un bonito zapato --el izquierdo-- aunque de un número del todo común. casi acabado de estrenar. demasiado tacón para darse a alocadas escaladas. quizá estuviera todo preparado, ¿por qué? lo ignoraba. casi hubiera preferido no tener la prueba de lo ocurrido, pensar que había sido un sofrito de calor y mucho grado, pero me quedaba el zapato colgando precisamente, como en el fatídico cuento que siempre he odiado --incluso de pequeño--. sí, desmitificarlo, buscarla de otra forma, borrar el hecho de que hubiera alguien más. el instinto me lo decía: tenías que acabar por llegar a mí, tenía que ser así, además hacía poco que habíamos

tenido nuestra reunión anual y, sediento de fábula como estaba, me hacías nadar en la abundancia a pesar del zapato, que seguro no perdiste a propósito. poco, pero tuve el tiempo suficiente de entrever que estabas desnuda, que no llevabas más que el vestido desabrochado, mientras desaparecías colgada del abrazo de quien todavía hoy siento no haber retenido en la memoria: ojos sólo para ti, para la luna, la noche que transparentaba lo inevitable. incurables. quizá por eso, por casualidad, con un maldito zapato en la mano, capturado por la madrugada --bajo el arco del ceño, a traición-- una vez más

iván me esperaba en la puerta de casa cuando llegué. las palabras no me resultaban fáciles y necesitaba dormir por encima de todo --incluso de su cadáver-- pero bastó que se me acercara para desatarse en un torbellino ininteligible que reclamaba mi ayuda. fue quien cogió las llaves, abrió la puerta, me sentó y nos sirvió un whisky antes de que me enterara de algo. tragos amargos que no acababa de entender, tragos que te deshacían una y otra vez del abrazo del que desapareciste entre la noche y los pinos, increpando a la luna ciega que nos ciega, luz que goteaba hasta mis ojos desde ti. iván seguía hablando. tenía que promocionar un nuevo perfume y le rondaban imágenes para la campaña publicitaria pero la faltaba la chispa. había invertido mucho dinero en el tema. nada de lo que les había propuesto les convencía: querían un buen lanzamiento, algo verdaderamente atrayente y muy seductor y estaba completamente bloqueado y apenas le quedaba tiempo para nada ya. entonces empecé a hablar como si me acabaran de apretar el botón oportuno, con el zapato en la mano todavía --consciente de ello y si iván no había reparado en él era por puro desespero, no más--. la imagen le emocionó. se la ilustré tanto como

necesitó, obviando sólo el detalle de que te fueras acompañada. la cara le cambió de golpe. le expliqué cómo tenía que ser el vestido y empezó a dibujarlo mientras seguíamos bebiendo. no me costó convencerle de que, para ajustarse a la sorpresa que seducía y emblematicaba el perfume, lo mejor era hacer un *casting*, encontrar a la mujer que lo convirtiera en realidad. una semana más tarde iván la había encontrado, yo no. lo cierto es que esperaba que aparecieras, no que me llamaras una tarde. tu saludo fue una pregunta: querías saber si había leído ***manuscrito hallado en un bolsillo***, un cuento de cortázar que conozco casi tan bien como tú. ¿el abrazo del que me huiste? escrito estaba que tenía que ocupar su lugar. ¿por qué? seguiste con el cuestionario y te debí convencer --imagino--. sólo añadiste algo que prefiero no desvelar, las palabras que me lo hicieron ver claro y las arañas, arañas amarillas en la boca del estómago, si las notaba, si las sentía igual. incurables. en las cerillas, por la noche. tenía que ser así....

semanas más tarde llegó una carta que tú misma recogiste del buzón y de la que bromeaste por el peso y el anonimato que escondía, al entregármela. dejé que la abrieras y fuimos viéndonos --foto a foto-- cabalgando entre las cerillas, cobijándonos desnudos bajo la cabeza consumida con su dios en mayúsculas muy blancas o desde lo azul de la llama, la luna y tu cintura. una broma demasiado pesada.... quizá fuera alguien que pidiera algo a cambio, pero todavía estoy esperando hoy a que lo haga. solo mandó nuestras fotos, sin los negativos. ahora pienso que en el fondo me sorprendí más que tú, precisamente cuando barcelona transpiraba falsas tús que iván había utilizado para promocionar la fragancia más seductora del mercado, que se estaba vendiendo como rosquillas, para más *inri*. ¿quizá uno de vosotros? quería descartarlo aunque me lo

imaginaba: no podía ser de otra manera, tú y yo lo sabemos, ¿no es verdad,
princesa?